

LA HISTORIA DE POMPÓN

Pompón era un perrito poodle, que vivía en un lugarejo de Francia, con una familia en la que había tres niños.

¡Qué feliz se sentía con sus tres compañeritos! Ellos lo alimentaban, bañaban y peinaban su sedoso pelo. El bondadoso padre de los niños hizo para el perrito un collar con una plaquita metálica en la cual grabaron: "Yo soy Pompón". Es claro que estas palabras fueron escritas en francés, porque Pompón era un perrito francés. Los niños le enseñaron a realizar muchas cosas.

Era capaz de hacer un saludo, de andar afirmándose apenas en las patas traseras, de sostener un bastón como si fuera un fusil, y de acostarse y fingir que había muerto por su país.

Cuando los niños gritaban: "¡Viva Francia!", Pompón siempre se colocaba en posición de firme, y después, como premio, recibía un bizcocho. ¡Sabía que después de la posición de firme venía un bizcocho!

Aunque Pompón no era un perro de pelea, cuando salía con los niños los protegía, y ladraba fuerte si un pedazo de papel volaba cerca de ellos, o si una oveja los miraba a través del cerco.

Una noche se despertó con el estampido de balas. ¡Cómo temblaba de miedo! El padre y la madre estaban preparando bolsos y paquetes; cada uno tenía que cargar un bolso.

Pompón no podía entender por qué ellos tenían que salir en medio de la noche. Escuchó decir que los alemanes estaban llegando, pero no entendió lo que significaba eso. Los estampidos de las balas casi lo hacían enloquecer, por eso andaba escondiéndose detrás de los niños.

Las calles estaban llenas de gente, y todos parecían muy tristes. ¡De pronto hubo un tremendo estruendo! Y el pobrecito Pompón salió corriendo a la disparada, como el viento.

Finalmente, no aguantando más, entró en una choza vacía y allí permaneció acostado hasta la mañana. Al despertar, buscó a los niños y también la leche y el pan. Salió de un lado para el otro, olfateando el suelo, pero no encontró ningún vestigio de sus compañeros. Cuando sintió sed, bebió agua en un arroyo, y después regresó a la choza. La puerta estaba cerrada. Entonces, levantando su hocico, se puso a gemir. La puerta se abrió, y un hombre miró hacia fuera. Con la Cabeza vendada, parecía que estaba enfermo. Pero su voz era bondadosa.

— ¡Pobre mendigo! —Dijo el hombre—. Entra.

Pompón no entendía inglés, pero percibiendo bondad en aquella voz, entró. Había encontrado un amigo. Entonces se puso a lamer la mano del soldado para demostrar que estaba con hambre.

— ¡Pobrecito! —Dijo el soldado — Vamos a dividir lo que tengo entre los dos.

El soldado dividió un pedazo de pan, dándole la mitad a Pompón. Y éste, agradecido, se durmió bien junto a su amigo. A la mañana siguiente, ya estaba claro cuando el hombre despertó.

Después, dirigiéndose al perrito, dijo:

— Mira compañero, necesito volver hacia donde están mis camaradas. ¿Y tú?

Pompón se puso en posición de firme. El hombre rió, y exclamó en francés: "¡Viva Francia!"

Al oír aquellas palabras tan familiares, Pompón se puso otra vez en posición de firme y ladró fuerte, moviendo la cola con tanta alegría, casi hasta el punto de arrancarla.

— ¡Silencio! —Dijo el soldado—. Debes observar las reglas. Deja de ladrar. Voy a llevarte conmigo, como una mascota.

El soldado tomó al perrito en los brazos, y entonces partieron.

Después de andar un poco, llegaron al campamento de las tropas inglesas. Entonces Robín, como se llamaba el soldado, poniendo en el suelo al debilitado perrito, dijo:

— Dénnos comida y cuiden a Pompón. Es un honesto soldado francés. En su collar está escrito: "Yo soy Pompón".

Desde aquel día en adelante, Pompón no quería estar lejos de su nuevo dueño, ni siquiera por una hora. Y se fue acostumbrando al estampido de las armas.

Finalmente, Robín fue enviado al frente de batalla, dejando al perro al cuidado de otro soldado. Pompón se puso a gemir y morder la correa que lo ataba. Lo habían atado para que no siguiera detrás de su dueño.

Al día siguiente Pompón ya había roído y cortado la correa. Estaba libre, y salió corriendo atrás de su querido dueño. Las balas explotaban por todos lados. Pero Pompón continuó corriendo, y entonces llegó a un gran agujero producido por la explosión de las granadas. Allí había alguien acostado, casi cubierto

enteramente de tierra. El perro creyó que era su dueño, y se puso a escarbar y a sacar la tierra lo más rápido posible. Al final, vio el rostro de su dueño. Comenzó a lamerlo, pero no obtuvo ninguna palabra bondadosa como respuesta.

Entonces Pompón vio que necesitaba ayuda. Salió corriendo en dirección a unos camilleros que vio a la distancia, y agarrándolos por los pantalones comenzó a tironear de ellos con todas sus fuerzas. Los camilleros lo siguieron, y encontraron al pobre Robín gravemente herido, pero todavía con vida. Lo llevaron hacia un barracón, y allí permaneció Pompón cuidándolo día y noche hasta que el soldado se recuperó y regresó a Escocia. Pompón fue con él, y ambos se sintieron muy felices, y nunca se cansó de exhibir las buenas maneras de un perro francés.